

CARTA DE LA PRIMERA CONFERENCIA EVANGELICA LATINOAMERICANA
AL PUEBLO EVANGELICO

Gracia sea a vosotros, y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Los representantes del movimiento cristiano evangélico en 16 países latinoamericanos, junto con visitantes de España, Francia y Estados Unidos, reunidos en Buenos Aires, del 18 al 30 de julio de 1949, hemos podido una vez más comprobar, por la gracia de Dios, "cuán bueno y delicioso es habitar los hermanos igualmente en uno!" (Salmo 133:1).

Nuestro corazón rebosa de gratitud al Dios y Padre de todos nosotros, por habernos permitido esta ocasión de ofrecernos juntamente a la dirección de su Santo Espíritu, a fin de que el testimonio que El nos ha llamado a presentar a nuestros pueblos, pueda traer más almas al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Y nuestra gratitud se extiende también a la multitud de nuestros hermanos evangélicos del continente, cuyo interés, sacrificio y oraciones han hecho posible la realización de nuestra asamblea.

Reconocemos, con gratitud a Dios, el vigoroso crecimiento de las iglesias evangélicas en América Latina. Día tras día, el Señor va levantando más testigos del Evangelio de su gracia, y plantando en todos los países nuevas comunidades de creyentes. Gloria sea dada a Dios, que da la vida y con ella el crecimiento!

Al mismo tiempo, en las dificultades y aflicciones que en algunos países sufren los creyentes, vemos la verdad profética de la advertencia de nuestro Señor: "En el mundo tendréis aflicción..." El testimonio del Evangelio es también el testimonio de la cruz. Y quienes siguen a Cristo, han de "tomar su cruz cada día" para ir en pos de El. Deseamos expresar nuestra más profunda simpatía y solidaridad a aquellos nuestros hermanos que padecen persecución o restricción de sus libertades, y cuyo dolor y sacrificio es una vez más el testimonio de una fe heroica. Deseamos recordarles la palabra fortalecedora de nuestro Señor Jesucristo, quien también dijo: "Confiad, yo he vencido al mundo".

Con igual y profunda gratitud a Cristo, quien con su sangre nos rescató y de cuyo Cuerpo somos todos miembros, reconocemos un creciente espíritu de cooperación y unidad espiritual entre las iglesias evangélicas. De ello han sido una elocuente manifestación nuestras reuniones, donde los representantes de 20 denominaciones, hemos descubierto una vez más, en la presencia del Señor, que formamos parte de una hermandad continuadora de aquella otra reunida en el Aposento Alto de Jerusalén, y de la cual, al recibir el poder del Espíritu Santo, nació la Iglesia de Cristo.

Creemos que ha pasado ya la época en que el hecho de nuestras diferencias podía servir de excusa para introducir un espíritu de discordia entre los seguidores de un solo Señor y Salvador. Donde se mueve

el Espíritu del Señor, con la riqueza y variedad de sus dones y vocaciones, siempre habrá diferencias. Serán variaciones que no hacen más que manifestar la riqueza y abundancia de la gracia divina, a la vez que la incapacidad de un solo individuo o un solo grupo, para comprender y encerrar toda la verdad de Dios. Pero Jesucristo es la Verdad, y en El recibimos de Dios el don de una unidad espiritual que ninguna diferencia puede quebrantar. Dios no ha querido, ni lo buscamos nosotros tampoco, sofocar lo espontáneo y profético, en aras de una regimentada uniformidad. Pues de muchas maneras y por muchos caminos, se nos revelan "las inescrutables riquezas de Cristo" y "la multiforme sabiduría de Dios". (Ef.3:8,10).

No hemos buscado, ni consideramos imprescindible, la unidad orgánica, eclesiástica o administrativa. El Cuerpo de Cristo, que es su Iglesia, no es una estructura mecánica sino un organismo vivo. Lo que queremos y debemos es manifestar la íntima unidad espiritual que disfrutamos en Cristo. Las entidades denominacionales y las iglesias locales son tan importantes como lo ecuménico o universal, y no puede haber realidad ecuménica, a menos que esté fundada en una robusta realidad individual y local. Nuestras diversas tradiciones evangélicas son necesarias para que "lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, al hombre completo a la medida de la mayor edad de la plenitud de Cristo." (Ef.4:13).

Pero nuestro amor y confraternidad no han de ser un fin en sí. La presencia del Espíritu Santo, que nos une, significa también llamamiento y responsabilidad de obedecer la voluntad de Dios, ser fieles al Evangelio revelado por Dios en las Sagradas Escrituras, y consagrar por entero nuestra vida a su propagación.

Hacemos un llamamiento a las iglesias evangélicas para que recuerden y cumplan con fidelidad cada vez mayor el deber que implica nuestro privilegio de pertenecer al sacerdocio universal de los creyentes, de modo que pastores y laicos, en un solo cuerpo y un solo espíritu, al través de todo nuestro continente, llevemos a cabo con denuedo, confiando solamente en Dios, que es "nuestro refugio y fortaleza", la proclamación del Evangelio y "la obra de fe" y "el trabajo de amor" (1a. Tesal. 1:3) a que El nos ha llamado.

Se ruega a la prensa evangélica de América Latina la reproducción de esta importante "Carta".